

Reseña

MANUEL CABALLERO, *Latin American and the COMINTERN: 1919-1934*, Cambridge University Press, 1986.

Tres grandes cuestiones son objeto del libro de Manuel Caballero: en primer lugar, se trata de periodizar la trayectoria de la Tercera Internacional y cómo en cada momento de su desarrollo estableció vínculos con los partidos comunistas latinoamericanos; en segundo lugar figura la sistematización de los problemas teóricos a los cuales hizo frente, sobre todo en las discusiones que tuvieron lugar en sus siete congresos para caracterizar la sociedad latinoamericana y definir la forma de alcanzar el poder político; por último, se discuten algunos estudios de caso, como el pronunciamiento de Luis Carlos Prestes en Brasil para ilustrar la cuestión del poder. Siendo éste el fondo del libro, vale la pena mencionar que va acompañado de una serie de notas, de un apéndice biográfico sobre las principales figuras del comunismo latinoamericano y de una bibliografía temática actualizada. Hubiera sido útil, en nuestra opinión, haber agregado una cronológica que pudiera haber ayudado al lector a situarse en los tiempos paralelos de la historia europea de la Internacional y de la historia latinoamericana de dicha organización.

Sin pretender abordar todas las cuestiones que son objeto del trabajo de Caballero, algunos temas tienen un interés general. Un asunto importante tiene que ver con el papel central que desempeñó la Tercera Internacional en el proceso de constitución de los partidos comunistas latinoamericanos. De ser organizaciones meramente "socialistas" o sindicales, agrupaciones de intelectuales radicales preocupados por ligar las luchas estudiantiles a las luchas del proletariado naciente, pasaron a ser organizaciones estructuradas de acuerdo con el modelo que las 21 condiciones habían diseñado para su adecuación con el modelo soviético. La historia de los complicados procesos mediante los cuales se dio esta adecuación en cada país está todavía por hacerse, y Caballero no pretende cumplir con ese propósito; sin embargo, contribuye a entender cómo se gestaron esas condiciones y cuáles fueron los resultados que tuvieron en la conformación de un movimiento comunista en América Latina. Muestra que muchos dirigentes que hicieron la peregrinación a Moscú, tanto para participar en la reunión constitutiva de la IC en 1919 como para participar en otras reuniones del comité ejecutivo en años posteriores, pusieron en pie una serie de instancias, como por ejemplo *La Correspondencia Sudamericana*,

que sirvieron de puente y de medio de comunicación entre los procesos nacionales. Sobresale aquí la presencia de los dirigentes en los congresos que tuvieron lugar regularmente a lo largo de la década de los veinte y que se hicieron más espaciados en los treinta. La labor del secretariado de Buenos Aires tuvo también la función de controlar los procesos políticos internos de las secciones latinoamericanas. En este sentido, Caballero contribuye a aclarar definitivamente que la presunta "Tercera Conferencia del Partido Comunista de Sudamérica y del Caribe" nunca tuvo lugar o, si lo tuvo, no fue en Montevideo sino en Moscú y en forma clandestina.

En la segunda parte de su libro, Caballero se refiere a cuestiones teóricas que implican, necesariamente, una referencia a la dinámica del movimiento comunista internacional y sobre todo a la forma en que los dirigentes soviéticos de la IC, como Bukharin, vieron el papel de la organización en el fomento de la revolución. Caballero afirma que la IC no tenía conocimiento serio de lo que ocurría en América Latina y su percepción estaba muy sesgada por la creciente dominación norteamericana sobre la región. Puede afirmarse que sólo en 1928, en el VI Congreso, la IC "descubre" América.¹ Y la descubre por medio del debate acerca del carácter semicolonial de las formaciones sociales periféricas, el que rechazan la mayor parte de los dirigentes latinoamericanos que participan en dicho congreso. Podemos anotar aquí lo planteado por el dirigente ecuatoriano, Ricardo Paredes, quien refuta la caracterización semicolonial y define formas de "dependencia" que, según él, revelan mejor la situación latinoamericana en el contexto internacional.² En el proyecto de tesis de la reunión de Buenos Aires, que tuvo lugar al año siguiente, se precisan los rasgos constitutivos de la formación social latinoamericana subrayando el peso que el imperialismo norteamericano tenía en el desarrollo de los respectivos países y la importancia de los terratenientes en la estructura de dominación. La caracterización de la IC no variará sustantivamente en los años siguientes; en efecto, según Caballero, "el interés del COMINTERN estaba más centrado en los problemas tácticos que en cuestiones teóricas", lo que explica la relativa superficialidad con la que aborda el asunto.

Otro debate importante que tuvo lugar tanto en los congresos de la IC como en la reunión de 1929 tiene que ver con la naturaleza del "enemigo" y con la definición del actor social que asegura el liderazgo de la revolución. Respecto de lo primero no existe unanimidad, pues la especificidad de las situaciones nacionales permea toda la discusión. La diversidad de condiciones obliga a reconocer un gran relativismo en cuanto a los adversarios que deben enfrentar los movimientos revolucionarios. Según Caballero, esta discusión brilla por

¹ Véase *VI Congreso de la Internacional Comunista*, segunda parte, tomo II, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 66, México, Siglo XXI, 1977.

² Véase Ricardo Paredes, en el Informe de la delegación latinoamericana sobre el programa de la Internacional Comunista, incluido en *VI Congreso de la Internacional Comunista, segunda parte. Informes y discusiones*, México, Siglo XX Editores, Col. Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 66, 1977, pp. 176-186.

su pobreza; no existe gran elaboración ni reflexión acabada respecto de lo que eran las formaciones nacionales y sobre cuáles eran los explotadores. Baste decir, apoyando este juicio, que un año antes de la reunión de Buenos Aires, Mariátegui había publicado sus *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (Lima, 1928), en donde se esfuerza por definir claramente al adversario, al nivel nacional pero también al regional. La otra cuestión, la del actor central de la revolución, se enfrenta también con problemas: la exigencia planteada a los partidos que participan de la reunión de Buenos Aires de adoptar el adjetivo de "comunista" busca definir la identidad en forma inconfundible para hacer frente, sobre todo, al desafío planteado por el APRA, que, desde 1924, estaba invadiendo el territorio de la izquierda.

Por último, los estudios de la insurrección de Prestes en Brasil en 1935, definida como un proceso revolucionario instrumentado desde "fuera", y de Chile, Cuba y Venezuela, definidos como procesos instrumentados desde "dentro", le sirven a Caballero para mostrar la forma en que la URSS y Stalin pasaron a desempeñar un papel central en la dinámica de los partidos mencionados. En efecto, la evolución del COMINTERN a partir de 1935 estuvo estrechamente ligada al desarrollo del fascismo y a los peligros que éste encerraba para la URSS. La estrategia estalinista tuvo por objeto apoyar las posiciones antifascistas de Roosevelt y apostar a la entrada de Estados Unidos en la inminente guerra. Según Caballero, "las tácticas de los partidos comunistas de América Latina estuvieron condicionadas por el análisis de Stalin acerca del significado del gobierno de Roosevelt. El presidente de Estados Unidos manifestaba, en las palabras y en los hechos, que era fuertemente antifascista. Veía a Alemania, más que a Japón, como una amenaza real para Estados Unidos. Es por ello por lo que Stalin tenía actitudes benevolentes hacia Estados Unidos. Y lo mismo ocurría con los comunistas latinoamericanos. Su antiimperialismo pasó a segundo plano." Esta formulación explica por qué partidos comunistas como el chileno, el cubano o el venezolano participaron en los gobiernos encabezados por personeros de la burguesía. De manera que el sentido de estos "frentes populares" es muy diferente al que habían tenido aquellos que se habían constituido en países como España o Francia a mediados de los años treinta.

Caballero concluye planteando que la influencia del COMINTERN en América Latina es más relevante en el plano teórico que como revelador de un instrumento revolucionario; el esfuerzo realizado en 1928 y en 1929 por caracterizar a las sociedades latinoamericanas y por buscar qué tipo de revolución debía tener lugar, son más importantes que los intentos organizacionales por darle una estructura a esos proyectos. No obstante, también menciona que los procesos revolucionarios que tuvieron lugar en Cuba (1959), Nicaragua (1979) o Chile (1970) se basaron, de una manera o de otra, en los esquemas de la Internacional, por lo que no cabe descalificarla así como así; es por lo tanto una "victoria en la derrota" que experimenta la IC en el continente. Caballero hace alusión también a la importancia de los intelectuales como promotores del comunismo en América Latina y a la facilidad con que pudieron

transformar la adhesión tradicional a la Iglesia en una nueva adhesión al partido comunista, que contiene, según él, dos rasgos que también estaban presentes en la primera: la pretensión a la universalidad y la disciplina a un centro (El Vaticano, Moscú). Por último, apunta algo que nos parece cuestionable: los partidos comunistas, después de la disolución de la Tercera Internacional, perdieron la vocación de la revolución mundial y con ella dejaron de ser instrumentos de "poder". La falacia de este argumento reside en el supuesto de que necesariamente un partido comunista, para ser un instrumento de poder, debe poseer la vocación de la revolución mundial. Puede que ése haya sido el propósito de la IC, pero, en nuestra opinión, no tiene por qué ser también el objetivo de sus unidades constitutivas, algunas de las cuales, al menos en América Latina, aparecieron antes o al mismo tiempo de la creación de la IC y forjaron propósitos, quizás menos ambiciosos, pero no por ello menos relevantes para las masas de sus respectivos países.

FRANCISCO ZAPATA